


SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS



DOCTOR COBOS

DISCURSO

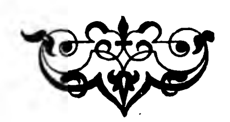
EN HONOR DEL MÉDICO Y ESCRITOR ARGENTINO

Dr JOSÉ M. RAMOS MEJIA

DISCURSO

SOBRE SU OBRA

"LA LOCURA EN LA HISTORIA"



PARIS
IMPRIMERIE TYPOGRAPHIQUE CHARLES SCHLAEBER
257, RUE SAINT-HONORÉ, 257

1899

DISCURSO

EN HONOR DEL MÉDICO Y ESCRITOR ARGENTINO

Dr JOSÉ M. RAMOS MEJIA

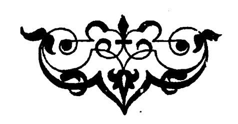
DISCURSO

SOBRE SU OBRA

"LA LOCURA EN LA HISTORIA"

POR EL

Dr FRANCISCO COBOS



PARIS
IMPRIMERIE TYPOGRAPHIQUE CHARLES SCHLAEBER
257, RUE SAINT-HONORÉ, 257

1899

A MIS AMIGOS

Y COLEGAS DE BUENOS-AIRES

Paris 1899.

FRANCISCO COBOS.

DISCURSO

SOBRE EL DOCTOR

D. JOSÉ M. RAMOS MEJIA

EN EL BANQUETE, DADO, EN SU HONOR,

EN BUENOS AIRES

« Señores :

Me levanto de entre las sombras de mi humildad para trazar y hacer que se destaque, con la luz del espíritu, la silueta, ya que no el retrato, del Dr. Ramos Mejía.

Pero, por si no me conocéis, os diré que soy, según la expresión del mismo Dr. Ramos, « un » hombre formado á la antigua ; incansable admi- » rador de las idéas fuerza, amistad y nobleza ; un » explorador de las vivas aguas del arte antiguo, » que, eternamente enamorado de las grandezas » de la acción, como un antiguo castellano del si- » glo xv, va, como empujado por el fervor del tra- » bajo, á buscar donde se riñe por el honor y el » saber ».

Sea ; acepto. Soy, pues, un castellano del siglo xv y he salido de mi castillo porque he oido los clarines de la Fama que me llaman aqui para presenciar un triunfo : el de los méritos del Dr.

Ramos Mejía. He salido de mi castillo y, al llegar aquí, me encuentro con que le habéis armado caballero de todas las armas. Veo que ciñe la hoja toledana con que defiende la honra de su nombre, sus ideales, el abolengo de su familia, sus fueros de funcionario público y, hasta si se ofrece, los límites de su patria; veo el escudo de bronce con que detiene los dardos de la envidia; la agúda lanza con la que arremete á la mesnada de las que él crée falsas ideas, ya en los abiertos campos de la historia, ya en los intrincados y misteriosos senderos por donde el espíritu batalla en el cerebro; veo que le cubre la férrea armadura, que no suele proteger sino á los corazones nobles; y veo que sobre su fuerte casco flota una ondulante cimera, brillante, luminosa, como una llama del pensamiento, como una antorcha viva que va iluminando el espacio por donde pasa este valiente adalid de la ciencia argentina. Vosotros le aclamáis vencedor en las lides de la sabiduria y yo también le aclamo; traigo para él mis aplausos, y, con ellos, el pleito homenaje de mi admiración, de mi cariño y de mi amistad.

Vosotros tejéis una corona de triunfo para su frente, y yo traigo también para ella un gajo que he encontrado en el camino, á la salida de mi castillo. Le traigo un gajo del fresco laurel de la gloria, que no pudiendo conquistar para mi, tendrá mejor destino; pero ¡cuidado! que este verde laurel no es de los que dan el sopor del sueño á los aclamados por la fama, sino de los que, al tocar la frente, estimulan al espíritu á nuevas empresas, con mayores brios.

Le he llamado valiente adalid, y asi es en efecto; es un adalid de la ciencia medica, y no conozco otro, en tierra americana, ni más osado ni más temerario. *Saber y nobleza* es la divisa de este caballero, enamorado de la gloria, y con ese lema por delante y en el corcel alado de su viva fantasia, va, cual otro Belerofonte, por los espacios ideales, en busca de la Quimera. Persigue, primero, en las anchas pampas argentinas y en los lagos encantados del Paraguay, las « Neurosis de los hombres célebres »; pero, encontrando ya estrechos estos campos del Nuevo Mundo y estos cerebros americanos para el ardor de su denuedo, va á través de los mares y de los siglos, llega, con su gallardo pensamiento, á las viejas playas de Europa; penetra en las catacumbas de Roma, sobre cuyas bovedas se asentaba el imperio de los Césares; penetra en las heladas criptas del Escorial, entre cuyas maravillas se alzaba el trono secular de la Casa de Austria, siempre persiguiendo á su famosa enemiga, á su monstruo sátanico, á su terrible Quimera, hasta que al fin logra encontrarla en su guarida; logra rasgar el velo que la cubre; consigue vencerla y presentarla al mundo como la trágica inspiradora de los hechos más transcendentales de la historia. El mónstruo abominable, la terrible Quimera que ha perseguido con tanto afán este nuevo y arriesgado Belerofonte, es esa fiera del alma, esa musa tétrica, cruel, satánica que con sus manos de harpia oprime y sacude, en horas de amargo desconsuelo, la cabeza de tantos y tantos privilegiados de la inteligencia, y ahuyenta de ella, ante el brutal zarpazo, las alégrias, la paz,

el consuelo, la salud, la felicidad. Y hasta apaga para siempre, entre sus dedos de fiera, la luz brillante de la razón. Esa Quimera es la locura.

Pero no solamente en el campo de la acción, de la filosofia, de la historia, de la literatura y de la cátedra, se muestra esferzado paladin, tambien lo es en la práctica de su carrera. Fuerte en su derecho de médico ilustrado y de creador de la Asistencia Pública, no cede al poderoso, aunque este poderoso se llame Alvear y tenga en su mano el cetro de la Intendencia; y firme en su sabiduria y en su vigilancia, al frente del Departamento Nacional de Higiene, ha estado seis largos años, con el fuerte escudo de su ciencia protegiendo á esta capital y á toda la Republica de los embates de las epidemias devastadoras, y ha salido vencedor una y otra vez en su noble tarea. Por eso el Dr. Ramos merece no sólo el respeto de los médicos, de los escritores, de los filósofos, y de sus discípulos, sino tambien el aplauso y la gratitud del pueblo argentino, por cuya vida y salud ha velado, sin tregua ni reposo.

Pero el Dr. Ramos tiene una aspiración, quizas la más grande de su vida, que no ha podido efectuar aun : quiere conocer el pensamiento de Europa y del mundo antiguo, no por sus reflejos, como hasta aqui, sino por su misma luz y en su propio foco ; tiene una aspiración noble y elevada, la de poder ir á las fuentes verdaderas de la sabiduria y de la grandeza y yo brindo porque la realice pronto para bien de su nombre y el de la ciencia del Plata.

Señores : Brindo porque algun dia, y no lejano, los ecos de la Fama digan en Europa refiriéndose

al Dr. Ramos: « Ha venido á las playas del Viejo Mundo un americano ilustre. Al recorrer los campos de Andalucia y de Castilla donde la cruz cristiana y la espada española lucharon ocho siglos hasta alcanzar la victoria, contra el alfanje árabe y el Corán de Mahoma, ha sentido en sus venas, como descendiente de aquella raza vencedora, esas oleadas de sangre que llevaba á los héroes mitológicos á las grandes empresas; al recorrer los museos llenos de joyas artisticas de Velázquez, Murillo, Zurbáran, Cano, Ribera, Ticiano, Vinci, Rubens, Miguel Angel, Rafael, Andrea del Sarto, Rembrandt, Lisipo, Miron, Praxiteles y Fidias, ha sentido, como amante entusiasta de la belleza, que las alas de su spiritu se remontaban á regiones antes desconocidas donde se bañan en la pura luz de las gracias espirituales; al recorrer por España, por Francia y por Alemania las catedrales góticas con sus encajes finísimos hechos en la dura piedra, por entre cuyas mallas viene la luz directamente del cielo y penetra en las abovedadas naves para alumbrar la conciencia de los feligreses, en su místico recogimiento, y desde donde el incienso de los altares y la voz de las oraciones, en lucha ascensional con esa luz, pretende llegar hasta la altura, ha sentido en su alma los acordes de una armonia antes ignorada que le ha hecho comprender sublimidades que antes consideraba como extravios de la razón; al recorrer las bibliotecas donde los polvorientos pergaminos, los apolillados papiros y los libros de piedra de los babilonios y asirios le han revelado los misterios de las civilizaciones pasadas, ha notado que en las potencias de

su alma se sacudian, como al soplo de un recio vendaval, las verdades y conocimientos que él tenia como firmes é inmutables, al soplo de la duda, y que al mirar por esos vastos campos de la antigüedad por donde pasó la gloria y la grandeza de cincuenta siglos, ha visto que se ensanchaba el horizonte de su pensamiento, como el astrónomo que al descubrir con el telescopio nuevas y alejadas estrellas ve que se ensancha á su mirada los linderos del Universo; y, por ultimo, al recorrer esos sitios sagrados, donde se levanta Atenas con su Acrópolis llena de las fulgurantes gracias del arte; donde se levanta el majestuoso Taigeto, á cuyo pié, en las llanuras de Lacedemonia, acampaban, por decirlo asi, las poderosas leyes de Licurgo para defender, más que sus escudos, la libertad de los espartanos; al pasar por ese sitio predilecto de la historia, la leyenda y la poesia, donde los dioses, los reyes y los héroes luchaban á porfia en derredor de los muros consagrados á Troya y donde se inspiraron los poemas más grandes, más bellos y más sublimes que posee la humanidad ; al pasar por esos sitios donde crecen los cedros del Líbano, donde se meció la cuna de una religion nueva y que cual el brillante sol, salió del Oriente, desde la orilla del mar, apareció por sobre la cumbre de un monte y se extendió después por los espacios del mundo para iluminarlo todo con sus rayos sublimes ; al pasar por esos sitios cubiertos de cálida arena, donde se elevan las piramides de la inmortalidad, como simbolo de la aspiración de la fuerza del hombre, cuya punta, aguda como el pensamiento penetra en

los cielos, y cuya base, ancha como el manto de la muerte, contiene toda la grandeza y la pompa de los mortales; al recorrer todos estos sitios que hablan con sus ruinas con tanta elocuencia, este americano ilustre se ha reconcentrado en si mismo, ba empapado su espiritu en esa grandeza sin límites, se ha puesto á la obra y ha producido llbros dignos de perdurable fama. Por doquier ha ido su pensamiento, ha dejado un reguero de luz que proclama bien alto la gloria de su patria, la República Argentina. »

DISCURSO

SOBRE

"LA LOCURA EN LA HISTORIA" (1)

¡ Detente, pensador, y medita un instante entre la ciencia y la historia de la humanidad ! Ambas te presentan, condensado en un libro, un pavoroso problema qne atrae á intérvalos nuestro pensamiento, lo extravia, lo remonta hasta el vértigo y lo hunde despues en un abismo en que solo encuentra la amargura de la desesperación ó las torturas del desaliento. Ambas te presentan, en las páginas de un libro, sombras del espíritu, impulsadas por la fatalidad, y cubriendo los actos del pasado con un velo tenebroso que no acierta á disipar la luz de la razón. Ambas te llaman y te instigan á pensar, de hoy en adelante, sobre el verdadero poder de resistencia de nuestro espíritu cuando dirije los destinos de un pueblo y se encuentra excitado por el absolutismo del poder, por la exaltación partidaria ó por el fanatismo religioso. La ciencia y la historia se presentan hoy unidas, en las páginas de ese libro para dar á tus meditaciones, la una, el relato de hechos que han sido decisivos en la suerte de grandes pueblos; y la otra, el juicio

(1) Obra del Dr Ramos Mejia.

del móvil de esos hechos, bajo el punto de vista del libre albedrio ó de los ciegos y fatales impulsos de la herencia morbosa.

Este libro, encarnación de una escuela á la vez filosófica y médica, es obra del autor de las « Neurosis de los hombres célebres » y lleva por titulo : « La Locura en la Historia ».

Vén, pensador ; que no te arredre ni la importancia excepcional del tema, ni la magnitud del cuadro en que actuan tantas figuras históricas, ni la osadía de penetrar en el alma de esos grandes gobernantes que han llenado con su nombre el mundo, para discernir lo que hay alli de anormal ; lo que hay alli de menos en el brillo de la razón ; lo que hay alli de espíritu caido en las tinieblas de la locura.

Vén, pensador, que no te amedrenten los fantasmas que evoca esa palabra fatídica, ni se extremezca tu espíritu cuando el autor te lleve, entre las nieblas del pasado, á ese vértigo por el que pasan todas las almas grandes y en donde luchan para alcanzar la immortalidad ó para caer en la degradación del espíritu, impotente y extraviado.

Vén, pensador, abre ese libro ; lée esas páginas ; lucha en ellas con tus ideales, con tus pensamientos, con las armas de tu erudición y de tu talento. La lucha va á ser fuerte y sin tregua, pero es necesario que luches esta vez, con todo tezón. Si sales vencedor, serás un espíritu fuerte y quedarás probado para las batallas intelectuales mas formidables; si sales vencido, abandona pronto las regiones del pensamiento; no cultives mas tus facultades, no pienses, no reflexiones, no medites mas sobre

los problemas de la naturaleza; preocúpate tan solo de tu salud mental, pues eres ya un débil de espíritu que caerá, en cuanto desempeñes un papel de alguna importancia, al fondo de ese abismo en que el autor de « La Locura en la Historia » ha encontrado á muchos de los seres excepcionales que han llenado reinados gloriosos con sus mandatos y á quienes la crítica de la posteridad ha llamado grandes.

Abre ese libro, devora esas páginas escritas con precisión y claridad, con riqueza de datos, con un fin filosófico, con un método científico; lée hasta el fin esa obra concebida bajo las instigaciones de una idea trascendental, desarrollada con un espíritu de escuela que se transparenta en cada capítulo, impulsada por una sinceridad á toda prueba y espuesta en una forma literaria que invita á la lectura, como el libro mas ameno.

Con los ojos de la imaginación vas á ver desfilar ante tí cuarenta siglos de la historia de la humanidad. Con los ojos de la imaginación vas á ver, desde aún antes de la guerra de Troya, hasta el presente, une serie de héroes, principes, reyes, apóstoles, directores espírituales, predicadores, políticos, fanáticos, cuyas desgracias han sido atribuidas, por la mitologia, á decisiones de los dioses, por la historia, al encadenamiento de las ambiciones; por la filosofia, á leyes que rigen las sociedades é impulsan á los hombres; por la crítica, á consecuencias debidas á la raza, al medio de acción y á la época; y por la ciencia de los alienistas, á desequilibrios fatales del espíritu.

Vas á ver desfilar ante tí, entre los personajes

mitológicos, al grad Hércules, cuyos trabajos famosos llenan ambas orillas del Mediterráneo, destrozando, en un acceso de furor, á su esposa Mégara y á sus proprios hijos; al infortunado Edipo, el inocente mas castigado por los dioses, subiendo por sobre el cadaver de su padre, victima suya, al trono de su martirio y al tálamo de su propria madre, donde él mismo naciera; recibiendo las primeras caricias del amor, envenenadas por el incesto; saliendo de la ciega ignorencia de su pasado para llegar á la ceguera matérial que le impidiera la contemplación de tantos horrores, y errante, huyendo de si mismo y del recuerdo de tantos crímenes involuntariós, morir, al fin, abandonado como un pordiosero, en su destierro de Colona, en el punto mismo, donde, mas tarde, habia de nacer el genio de Sófocles que cantara tantas desdichas.

Vas á ver á Belerofonte, matador involuntario de su hermano, acusado falsamente, cual otro José, por la mujer de Preto, rey de Argos, y condenado por éste á combate fastástico con la Quimera; al heróico Ayax, presa de un despecho satánico al verse despojado por Ulises de las armas invencibles de Aquiles caer en un violento delirio; alucinado por la ira, llenar los campos de víctimas inocentes, y horrorizado de su obra, inmolarse en aras de su desesperación y vergüenza; al mil veces desgraciado Orestes conociendo á Agamenón, su padre, el mismo dia que llegaba triunfador de Troya, mientras su propia madre echaba sobre el rey augusto el manto fatal que le cubriera los ojos, le apuñaleaba el corazón y arrojaba despues el pro-

fanado cadáver rodando por entre las gradas del real palacio; al mil veces infortunado Orestes, á quien la madre, cometido el horrendo crimen, destierra de su patria y suspende sobre su cabeza, en las fronteras del reino, sentencia de muerte, que espera su regreso; al mil veces infeliz Orestes, que impulsado por el oráculo que ordena la venganza, burla la vigilencia de la madre adúltera y del cómplice Egisto, llega hasta el palacio del crímen y al sentirse arrastrado por un irresistible furor, que ciega sus ojos y trastorna su cerebro, arma su brazo con el puñal vengador, vuelca su alma en un acceso impulsivo y cae, como una tempestad, sobre los matadores del padre; convirtiendo sus manos en manos parricidas; salpicando su rostro con la sangre materna; convirtiéndose, en un solo instante, merced á una venganza enloquecedora, de un hijo amante y piadoso, en monstruo execrable. Vas á ver al mil y mil veces desventurado Orestes, enemigo de si mismo, torturado por la conciencia, sintiendo, en su interior, que los recuerdos azuzaban á los remordimientos; que los remordimientos azuzaban á las Furias y que las Furias, por último azotaban su corazón y su cerebro con haces de espinas y manojos de serpientes.

Prepara ahora tu espíritu, pensador, pues vas á asistir al momento mas sublime de la historia. Vas á transportarte á esa época en que empiezan á desvanecerse los poéticos ideales del Paganismo y á iluminarse el alma de la humanidad con un nuevo rayo de luz, venido del cielo. Ese rayo de la Altura trae otra vez la escala de Jacob, en la que

los ángeles bíblicos, con las alas estendidas y el cuerpo luminoso, borran la soberana belleza y las graciosas figuras de los dioses griegos. Jehovah sustituye á Júpiter.

La unidad de la naturaleza se compenetra con la unidad del poder y la unidad de Dios aparece incontestable ante los ojos de la muchedumbre absorta, por la palabra inspirada de la predicación. Un niño de doce años confunde á los doctores de la vieja iglesia en las naves de una sinagoga, ante el ara santa de Israel, y desde sus primeras palabras, empieza á desarrollarse ese proema de promesas celestes; de apariciones misticas; de privaciones corporales; de oraciones fervorosas; de santificación de la vida; de exaltación de la fé; de conversiones universales, de martirios sin cuento y de predicaciones inspiradas, que forman la esencia del cristianismo. Desde las primeras palabras de ese iluminado de Judea empieza la lucha del ideal divino con todos los ideales humanos; lucha que no terminará sino con el último destello de la razón y con la última conmoción del sentimiento. El cristianismo aparece, el paganismo se ha desvanecido, la religión de Israel se ha transformado: los ángeles de Jacob se presentan de nuevo para llenar el mundo con las obras del cielo. Son ellos los que confortan á los ascetas; los que guian á los apóstoles; los que llevan las muchedumbres á las puertas de las iglesias: los que transforman los templos paganos en catedrales católicas; los que inspiran á los arquitectos las bóvedas de las naves sagradas, que semejan la bóveda del firmamento; los que cuelgan las campa-

nas de las agudas torres, para que se esparza el sacro llemamiento de los cielos á la tierra y de la tierra al cielo ; los que transforman la lira pagana en el órgano melodioso y el himno à Apolo en los coros sublimes del canto llano, en los que el alma expresa la nostalgia del Paraiso. Son los ángelos los que annuncian nuestro nacimiento ; los que guardan nuestro sueño ; los que dirigen al corazón en busca de la virtud ; los que nos reciben en el templo y nos acompañan en nuestras oraciones y hasta á la diestra de la muerte, en la suprema hora, los que recogen nuestros últimos suspiros y nuestras últimas esperanzas. Se convierten así en el ángel de la alegria al llegar nuestra aparición en el mundo, en el ángel de la guarda al acompañar nuestro reposo, en el ángel delos amores al encender nuestro corazón con la promesa de goces únicos, en el ángel místico al inspiranos los rezos y hasta en el ángel terrible del exterminio al recoger nuestro espíritu y al arrojar á la nada nuestro mísero cuerpo. Es que la escala de Jacob se estiende por el mundo y las venturas celestiales bajan hasta el valle de las lágrimas. Una nueva era conmienza para la historia, una nueva vida para el espíritu, una nueva ciencia para la fé y un nuevo tema y el mas sublime de todos para la inspiración y la elocuencia. Los apóstoles propagan la nueva doctrina, se inspiran en los nuevos ideales, luchan con las nuevas armas : la predicación y el sacrificio. La tierra es ahora un nuevo planeta transformada por el Verbo luminoso del Hijo de Dios ; la humanidad es ahora un nuevo género humano, al infujo de la palabra de Cristo ; el alma del

hombre es ahora verdaderamente divina por el martirio del Salvador. Ya pueden los apostolos del cristianismo llevar sus voces á los cuatro vientos y decir, henchidos por la fé y el entusiasmo « ¡ Hosana ! ¡ Hosana ! El límite que separa el cielo de la tierra queda borrado. ¡ Hosana ! ¡ Hosana ! Dios ha bajado hasta, el hombre, y se ha encarnado en él. ¡ Hosana ! ¡ Hosana ! el hombre ha ascendido hasta el cielo y se ha encarnado en Dios. El hombre ha ascendido en la escala de la creación ; el hombre ha purificado su espíritu ; el hombre se ha salvado ya. »

Los apóstoles siguen con fervor su tarea pero he aqui que un semita de la antigua doctrina, aunque peleando como romano y al frente de legiones romanas, se convierte en el perseguidor inconsasable de aquella dulce religión que mas tarde, habia de predicar con el mismo ardor y entusiasmo con que la combatia. Era Saul, el batallador gentil, ó si quereis, San Pablo, el Apóstol de los gentiles. Esa es la primera figura cuyo retrato, siguiendo á la escuela médico-psicológica que hoy prima, traza de mano maestra el celebrado autor de «La Locura en la Historia».

Vamos ahora á las cruzadas, pensador; sigamos su impulso irresistible y dejémonos llevar por esa su « violenta exaltación moral », que señala el autor, á la conquista del Santo Sepulcro, en la sacra Jerusalem. Vamos en esa ola humana que desde las costas de Francia hasta las bellas colinas de Oriente va llevando consigo todo el fervor religioso y toda la ambición mística de que es capaz el alma del hombre y el sentimento cris-

tiano. Toda su ambición está en el hueco de una tumba, todo su fervor y su entusiasmo en poseer el sitio en que el cuerpo del Salvador reposó en la breve noche de su muerte. Pero de alli también se levantó, resucitando la materia, de alli resurgió el Espíritu divino, de alli salió triunfante en la prueba mas milagrosa y solemne la bella doctrina religiosa que quiere abrazar el mundo. Ese hueco de un sepulcro es á la vez lugar de nuerte y vida, de oscuridad y luz, de tumba del cuerpo y de cuna esplendorosa del espiritu.

Ese pequeño hueco en una piedra horadada es simbólico para la fé y para la imaginación. Alli cayeron todos los dolores humanos al caer la corona de espinas, que desgarraba las sienes del Mártir del Gólgota ; alli cayeron todos las amarguras de la vida al caer de los labios de Cristo las gotas de aquella hiel que habia bebido en el Calvario ; alli se encerraron todos las heridas que desgarran la existencia, al encerrasse las ensangrantadas carnes del Redentor divino ; pero alli se guardaron también todas las promesas sacrosantas, todas las venturas celestiales que habian de derramarse por la tierra y hasta todos los milagros de la fé reunidos en un solo milagro : la resurrección de Jesús. Alli, en tan pequeño hueco, llegó á encerrarse, al mismo tiempo, el cuerpo del hombre y el espíritu de Dios.

Juzga, pensador, si tan preciosa reliquia podia quedar entregada al ultraje de los enemigos del catolicismo, sin que en siglos en que la crùz dominaba no solo sobre los altáres sino sobre el trono de todos los reyes de la cristiandad, sin

que en siglos en que los conventos eran los centros de las poblaciones y las armas peleaban principalmente por la religión, se levantáse una sola protesta, se alzase una sola voz expresando el anhelo de salvar de la profanación, á aquellas piedras benditas del Santo Sepulcro.

Por eso juzga la filosofia de la historia, esa peregrinación armada de los pueblos de Europa hácia el Oriente, que constituyeron las cruzadas, como un movimiento natural de gentes piadosas hácia el ideal que llevaba su fantasia y anhelaba su fé. Pero la escuela moderna de la psico-patologia juzga en las páginas de « La Locura en la Historia » esos movimientos apasionados de las multitudes de la Edad Media, con la frialdad característica de la ciencia. Ya no es la fé la que las lleva sino la exaración morbosa de esa fé; ya no no es el ideal sino las alucinaciones de ese ideal; ya no es el entusiasmo de una gran obra por una gran idea sino la « violenta exaltación moral é intelectiva que se señala por rasgos marcados de anormalidad. »

De las alucinaciones de las cruzadas pasa el autor á las alucinaciones de la Doncella de Orleans. ¡ Hermoso ejemplo el que se presenta á la leyenda, á la historia y al patriotismo francés; terrible ejemplo el que se presenta á la religión, á la ciencia y al criterio! ¡ Hermoso ejemplo el que se presenta à la leyenda en la figura poética de Juana de Arco, levantendo ejércitos con su palabra inspirada, infundiendo ardor bélico desde el último ballestero al primer magnate, y conduciendo á la victoria en sus manos de virgen, de cerco en cerco y de batalla en batalla, al estandarte de Francia ! Luminoso ejem-

plo el que presenta á la historia esa heroina ardorosa que levanta el espíritu abatido del pueblo y se convierte, de oscura campesina en capitana de la gloria, despreciadó todos los peligros y arrostrando todas las penalidades para salvar á su patria! ¡Bello, noble ejemplo el que presenta al patriotismo esa mística doncella de Lorena encarnando el amor á Francia en su corazón, el valor francés en su brazo y el odio del continente á Inglaterra en lo más intimo de su ser exceptional, consagrando, por completo, su existencia, al triunfo y á la libertad de sus compatriotas! ¡Pero qué terrible problema se presenta para la religión católica en esa misma aldeana que combate al enemigo con la visión de la Virgen, llevando delante de si los rayos celestiales que iluminan su camimo y enceguecen á sus adversarios y cayendo despues en amarga derrota, abandonada por el cielo, en manos de los enemigos de sus ideas, de sus creencias y de sus fama para ser entregada á la hoguera como herética, relapsa y apóstata por sentencia de los ministros de la misma religión y en la misma patria que ella defendia! ¡Qué terrible problema el que se presenta á la ciencia en esa figura admirable de criatura divina ó de visionaria maniática! ¡qué terrible problema el que se presenta al criterio, imparcial y desapasionado, para discernir lo que hay de sublime, de heróico, de santo y de patriótico ó lo que hay de anormal, de desequilibrio y de perturbación en ese espíritu de Juana de Arco que ha inmortalizado la historia y poetizado la posteridad!

Mas la ciencia moderna no quiere detenerse en la penumbra del espíritu; quiere encontrar plena luz

en el claro pensamiento ó espesas sombras en el cerebro degenerado. La ciencia moderna no quiere desatar nudos gordianos : los corta. ¡ Todo lo que no es de la luz es de la sombra; todo lo que no es de la razón es de la locura !

Asi, mientras que la célebre Doncella de Orleans es para la leyenda, como una aparición celeste, para la historia una heroina, para la religión una mártir y para la Francia de hoy, la encarnación del patriotismo, para la fria ciencia, de nuestros dias, es una pobre alucinada inconsciente que vive tan solo en el delirio de una exaltación morbosa.

Asi, mientras la historia crea caractéres, la léyenda les forja el nimbo de luz con que actúan y la poesia les presta todos los encantos que atrae la simpatia y la admiración, la ciencia moderna, con una frialdad que aterra, lleva su mano investigadora al relato de lo pasado, separa en él cuanto pintó la fantasia, cuanto añadió el entusiasmo, cuanto prestó la admiración, y saca casi siempre esta sentencia desconsoladora : « Falsa grandeza.... extravio.... alucinación.... delirio insano.... locura.... » Por eso el autor, sintiendo en su cruel análisis de las pasadas edades, esa congoja de tantas glorias destruidas y de tantos ideales muertos, exclama, en un arranque de sentimentalismo : « ¡ Qué triste es la historia á traves de está dolorosa via crucis de la razón humana, y qué sentimento de angustiosa decepción el que nos asalta el alma cuando vemos á la locura desfilar en estas proporciones colosales hiriendo á los reyes, á los profetas, á los pueblos mas predilectos de la cultura...! » ¡ Hiriendo á los reyes ! El autor lleva

su estudio á las gradas del trono, pulsa la mano que sostiene el cetro que dirije á los pueblos y toca las sienes que cubre la corona imperial de la Casa de Austria.

He ahi, pues, á Carlos V y á Felipe II, los dos colosos de la historia moderna; los dos reyes que personifican el empuje gigantesco del pueblo español por el dominio del mundo. En los anales de la humanidad, no aperecieron nunca dos figuras que cual las de esos monarcas encarnen una raza, una época, una idea y una lucha sin tregua ni desfallecimientos, por imponer una religión que creen verdadera, por abatir los enemigos que creen peligrosos y por ensanchar los dominios heredados, hasta los linderos de la tierra y por llegar á confundir asi, el sol que alumbra les realidad con el sol que ilumine su gloria y su grandeza.

Esos dos monarcas dirigen al pueblo español mientras éste somete reinos, conquista imperios, sojuzga los mares, ensancha la tierra, rodea por primiera vez el globo con una sola nave y una sola bandera, levanta un teatro impercedero, crea figuras inmortales, que cual la del Ingenioso Hidalgo atraen le admiración de las almas y los sufragios de todas las inteligencia, difunde descubrimientos como el de la circulación de la sangre por boca de sabios como Servet, levanta monumentos como el Escorial, hace prisioneros á reyes y emperadores, dicta su voluntad al mundo, hace del valor una religión, del honor una ley, de la victoria un ideal; lleva la firmeza hasta el peligro; el honor hasta el martirio; el arrojo á la temeridad, el patriotismo á un culto, la obediencia hasta el sacrificio, el amor á

la religión hasta la hoguera, el amor á la ciencia hasta el heroismo y el amor al arte hasta preparar los lienzos, los pinceles y la paleta con que un divino Murillo y un grandioso Velazquez habian de consolar la nostalgia del alma por las bellezas celestes y la ansiedad de lo justo y verdadero con las líneas y los colores de la palpitante realidad.

Esos dos reyes que van llevando, el uno, la espada que ensancha los dominios de su pueblo en pos del imperio universal, y el otro, el cetro del poder mas grande que ha habido sobre la tierra, que atraen sobre si, por igual, el respeto y las iras, la admiración y las quejas, la sumisión y las revueltas de tantos y tantos súbditos, de tantos y tantos enemigos, han llenado, durante un siglo, el espíritu de la humanidad con su propio espíritu, han sido ensalzados por sus admiradores hasta el exclusivismo y anatematizados por sus adversarios hastá el ensañamiento; pero sus figuras luminosas y extraordinarias han quedado como *grandes* en los anales de la gloria. Sin embargo, la ciencia moderna no quiere ver en esos dos reyes legendarios sino sus errores, sus hogueras, su fanatismo, sus estigmas de degeneración, su herencia morbosa, el desequilíbrio de su espíritu.

¡Contraste singular! Mientras que una figura tan bien definida durante tres siglos, como la de Doña Juana la Loca es considerada por el pueblo, por la crónica, por la leyenda y por el arte, con documentos basados en la historia, cual débil criatura, víctima del amor, con el juicio extraviado por los celos y el infortunio, ciertos pensadores y poetas trágicos de hoy, con documentos basados, en

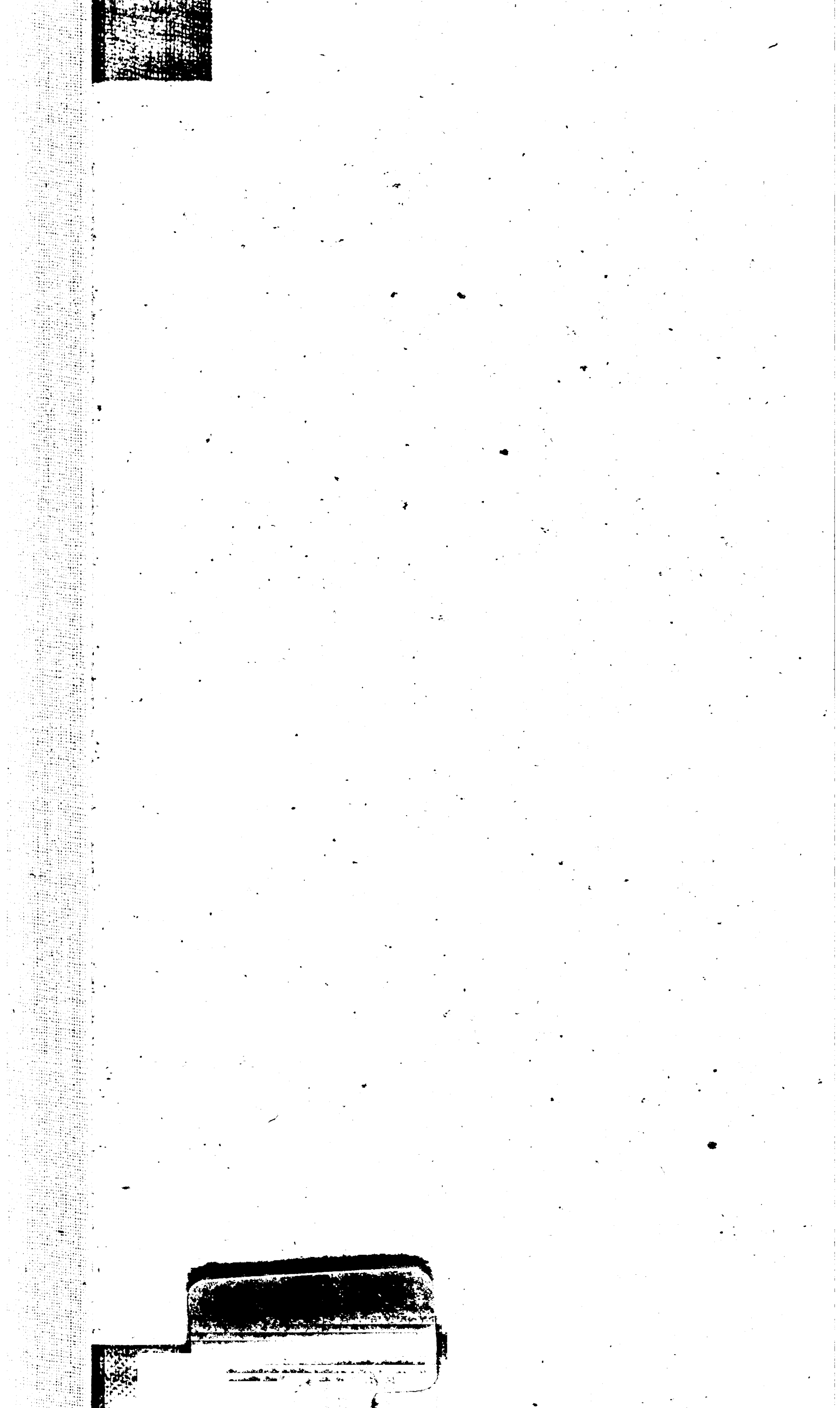
la historia tambien, ven en ella á una alma fuerte, víctima de la ambición filial, arrebatada cruelmente á los goces sociales y al gobierno de su patria por los mismos que debian obedecerla y respetarla, desde los explendores del trono.

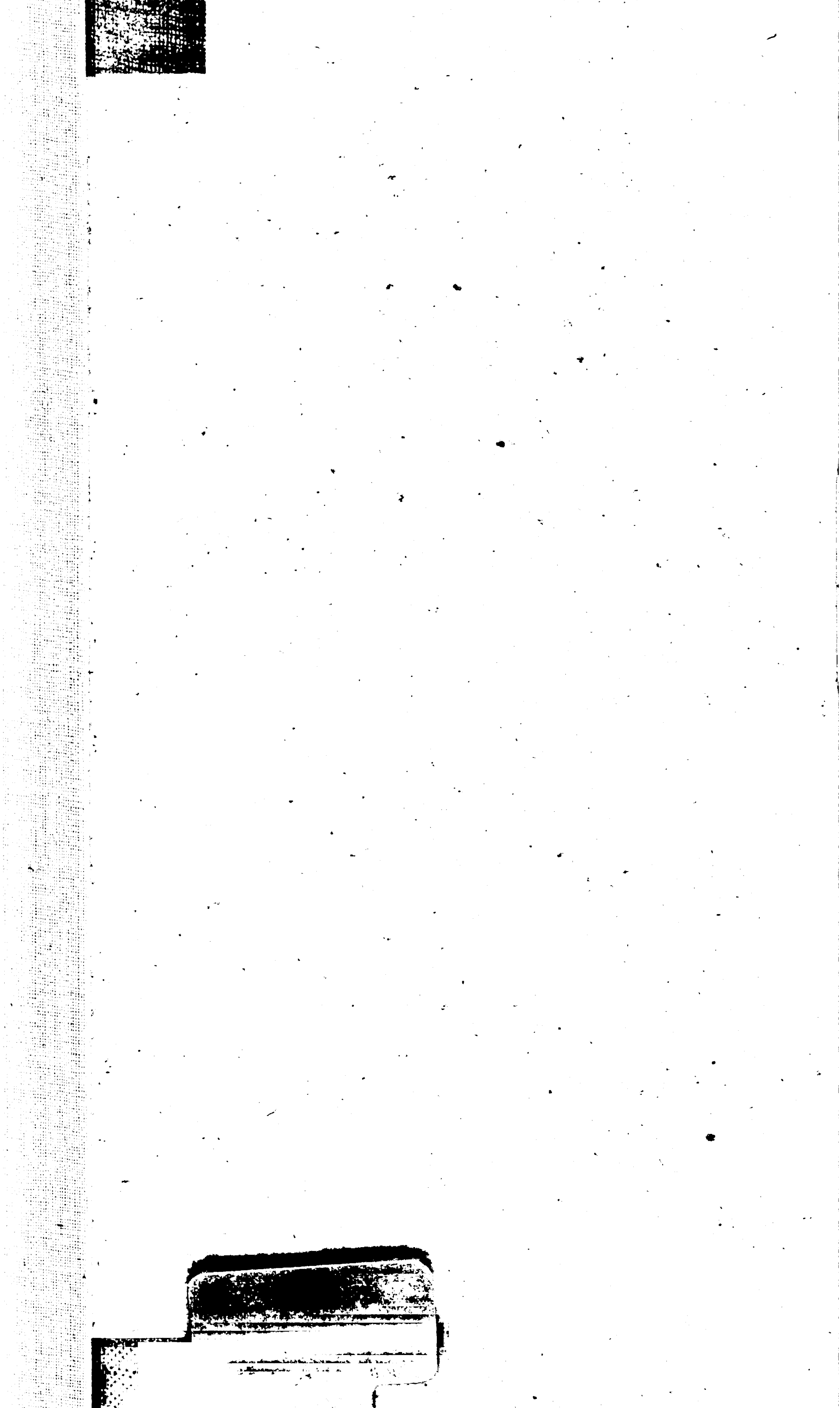
¡ Contraste singular ! Mientras que figuras tan enérgicamente delineadas durante tres siglos como las de Carlos I y Felipe II son consideradas por el pueblo, por la crónica, por la leyenda y por el arte, con documentos basados en la historia, como los caracteres mas fuertes, las voluntades mas enérgicas y los monarcas mas grandes del imperio español, la ciencia de los alienistas, fundada en datos de la misma historia, ve en ellos dos espíritus delirantes, obedeciendo á una verdadera exaltación religiosa y « percibiendo el mundo y los hombres á través del catolicismo morboso que llegó á sistematizarse en un franco estado patológico crónico » !

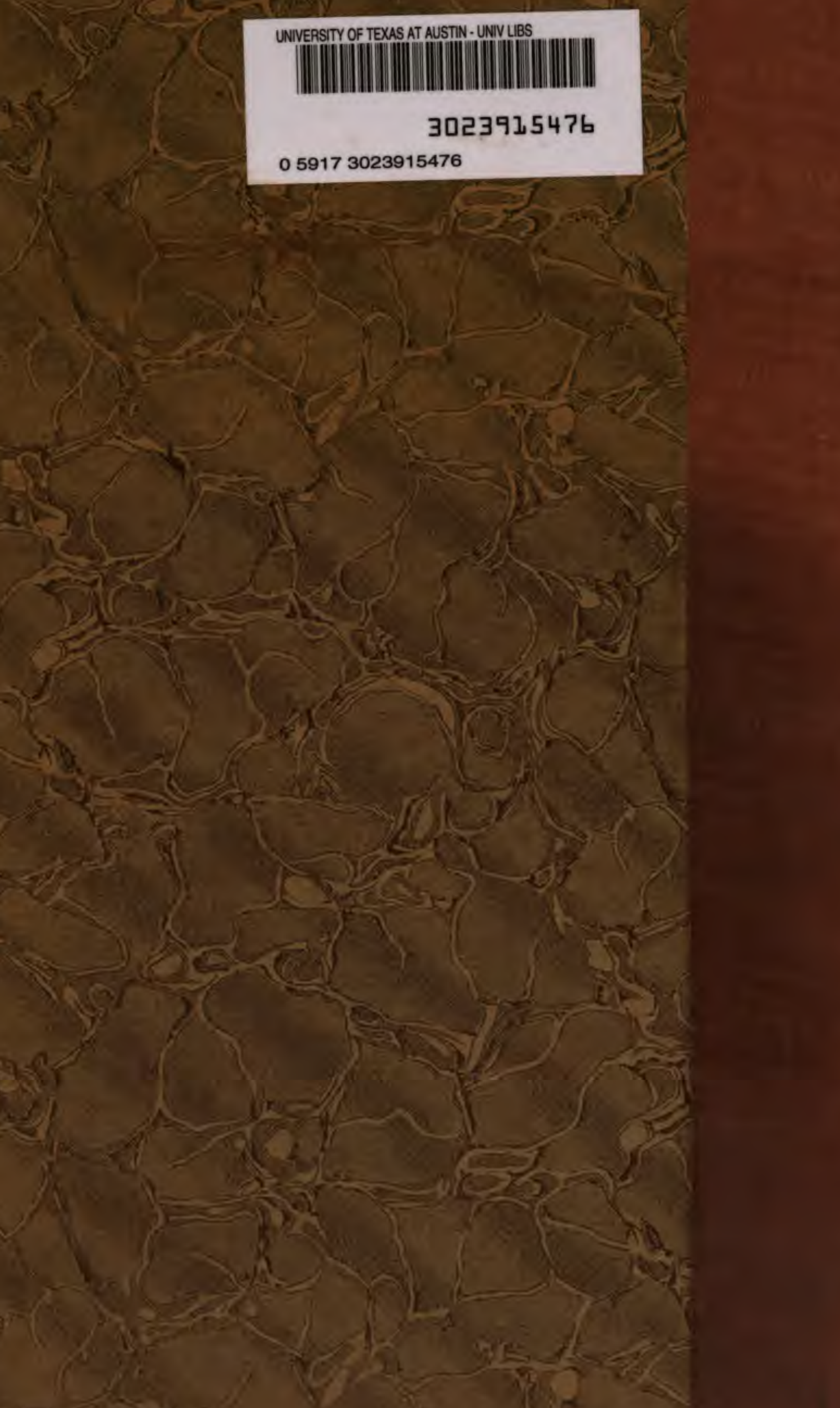
¡ Cuán elásticas son asi, las páginas de la historia, para el criterio humano! ¿Habrá algun espíritu tan fuerte que no flaquée ante tales contradicciones? He ahi, pues, pensador, el dilema terrible que se te presenta al concluir la lectura de « La Locura en la Historia ». Por un lado la grandeza humana, la gloria, la luz del espíritu en sus mas excelsos resplandores y por el otro, la fragilidad del hombre, la decadencia fatídica, las espesas tinieblas donde se extravia el alma, donde se pierde la esperanza, donde se encuentra el impulso irresistible, la agonia de la razón, el mortal desconsuelo. ¡ Que decida tu criterio entre estas dos figuras tan opuestas y diferentes con que la historia por un lado y

la ciencia de los alienistas por otro, te presentan al genio de los doce trabajos inmortales, al mas trágico y famoso de las príncipes vengadores, al mas ardiente de los Apóstoles cristianos, al impulso de la multitud mas abnegado y sublime que ha presenciado la tierra, á la apasioneda y mistica doncella salvadora de Francia y á los reyes augustos de la Casa de Austria, de alma templada en la grandeza, en cuya mano se sostenia con firmeza absoluta el cetro del podèr, de polo á palo, y en cuya mente cabia, con holgura, el gobierno del mundo. Que decida tu criterio entre las tinieblas del alma que te presenta la escuela psíco-patológica y la grandeza legendaria que te presenta la historia, pues, como ves, la ciencia moderna no quiere detenerse en la penumbra del espíritu : quiere encontrar plena luz en el claro pensamiento ó espesas sombras en el cerebro degenerado. La ciencia moderna no quiere desatar nudos gordianos : los corta ¡ Todo lo que no es de la luz es de la sombra; todo lo que no es de la razón es de la locura !

FRANCISCO COBOS.






UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3023915476
0 5917 3023915476